

El presente

Con el irrefutable pero vano argumento de que hay que vivir la vida, que disfrutar el presente antes de que se nos vaya entre los dedos, no pocos hombres y mujeres, sobre todo jóvenes, se dedican a desbarrar, a beberse cada segundo a bocanadas y a comerse la vida a dentelladas y con las manos, como si fueran a morir mañana. Cada día tiene un motivo y en todas las vidas caben algunos excesos, pero no hay cuerpo que resista muchas digestiones pesadas ni vida que digiera con bien un abuso permanente. Sobre todo porque el presente es más de un día y más que la juventud y acaba durando toda la vida, y es una estupidez tirar la vida por la borda en la primera travesía.

Con los años uno aprende que el pasado pudo ser de otra forma y a ser escéptico ante el futuro: cuando a uno le van a vender algo con el argumento de que es para toda la vida, por ejemplo, uno ya sabe contestar que lo único para toda la vida es la vida misma. Y con los años –no porque te lo digan tus padres o porque lo leas en artículos como éste– uno se da cuenta de que el presente es el momento en el que escribe estas letras y cada uno de los momentos en los que las leerá alguien, de que en el presente ocurrieron todos los hechos de su vida. Con los años uno aprende a ser sutil, a quedarse con los detalles y a adecuar sus exigencias al natural paso del tiempo. Con los años uno se percata de que sólo en el presente sopla la brisa, ríe alguien a su alrededor o está fría una cerveza. Uno sabe que ese momento mágico e irrepetible hay que aprovecharlo, pero ya tiene aprendido que habrá más: más brisa, más carcajadas, más cervezas frías en la nevera o en la barra de un bar.

No en vano, con los años uno ha aprendido que el presente es tan largo como la distancia que hay entre el nacimiento y la muerte.

Juan Bosco Castilla